

Eugenio González R.

Prosas Breves

ANSIOSO DE TRASPASAR EL ÚLTIMO LÍMITE

ANSIOSO de traspasar el último límite de mi soledad, pobre forjador de palabras, heme aquí, arrojándolas a través de la noche más silenciosa por sobre el vacío que separa su corazón del mío, como el océano a las islas. Siempre es vano esperar, siempre, más todavía ahora, cuando el crepúsculo enrojece las techumbres distantes y un negro viento, que nadie sabe de donde sopla, desgrena, al pasar, los árboles del parque. Pero es dulce también, y triste sentirla cerca y esperarla porque continúa siendo la desconocida y lejana.

Todo es distinto y nuevo como en el día primero que comprendimos. Horadan los campanarios el alto cielo pálido y resaltan en el poniente de sangre; se vuelven oscuros los senderos, y las estrellas asoman por los claros del follaje tupido. Cada vez más estrechamente mis deseos la van envolviendo en su taciturna madeja, y le dicen una extraña canción sin sentido mientras las tinieblas borran su rostro, poco a poco, como los días al recuerdo. En

verdad, yo no sé cuál es la mujer que mis brazos anudan en este hueco de la noche; se parece demasiado a todas las mujeres.

Nadie supo nunca, nadie podría saber nada en esta hora cenicienta que amortaja la vida y hace amarga la más pura alegría. Estéril es que mis palabras golpeen en el duro silencio, y mis brazos la envuelvan, y mis ojos roben su sonrisa. Nadie supo nunca nada, ni siquiera de sí mismo; todo rueda inconteniblemente, y se pierde y retorna. Estamos juntos, uniendo nuestras miradas en la común ansiedad de conocernos, en tanto, a nuestro lado, las hojas de otoño se desprenden y se van como nuestros instantes...

TODO SE SIENTE LEJANO, AMIGOS.

¿De dónde brotó esta fuerza suave y terrible que me acongoja y estrella contra paredes de sombra mi solitario pensamiento anhelante? Afuera la noche extiende, su avasalladora marea, ahogando el inútil palpitar de la vida, borrando las líneas y los ángulos y el huraño trepidar de la ciudad.

No tenemos ya donde afirmar nuestra mirada; nada queda en medio del aniquilamiento creciente, nada sino uno mismo y el confuso aletear de las ansias inexplicables. Ahora todo se siente lejano y pequeño; y el amor es una triste miseria, y vana también la dura y honda ambición que alentó nuestra jornada. Ahora estamos solos, amigos.

Voraz, inmenso árbol de tinieblas, la noche extiende su implacable toldaje y clava en las almas raíces ardientes y desesperadas. Lejos, una ventana se ilumina y luego, mu-

chas, al borde de los caminos rurales, entre el arbolado que es, apenas, un perfume vago y un rumor de hojas.

De alguna de esas ventanas fluye esta canción que los pies veloces del viento apartan y despedazan en su carrera incontenible. Sólo unas cuantas palabras llegan hasta aquí, y se adivina un rostro puro pegado a los cristales, escrutando el vacío cruzado de sombras y misteriosos llamamientos.

Es Solveig que canta, amigos, canta y tiene los cabellos tan blancos como el invierno del norte. Más allá de una hilera de abetos pensativos, el mar y la lejanía enemiga que enciende la tremenda ansiedad de los hombres; más cerca, al pie de la colina, un bosque negro por el que alguien viene, alguien que tiene también los cabellos blancos y el espíritu deshecho por el frenesí de la aventura.

Para él es esta balada antigua y plácida que una mujer aprendió a la luz de la lámpara, y canta ahora, allá, al final de una ruta que mis ojos no ven y mi corazón no encuentra... Todo esto es pueril, mis amigos, vano es todo esto, bien lo sé; pero el niño dormido en nosotros se despierta a veces, y tiembla con horror de estar solo en medio de la noche que no tiene senderos ni confines.

HAY QUE ESTAR ALEGRES

Perdida, ausente, tu voz renace en mi interior para decirme las olvidadas palabras que rodaron, inexpresivas, por la pendiente de otras horas. Aquellas palabras que tenían la virtud embriagante de los cuentos y que la vida fué oscureciendo y enterrando, cada vez más, en el silen-

cio de todo. Aquellas palabras que me parece no haber escuchado nunca porque no escucho ya.

¿Quién podría recordarlas sin sonreír a su lozana sencillez remota? La vida es siempre igual y no tiene sentido; pero hay algo que llena de brotes los árboles del jardín, y pondrá luego, en tus manos, el perfume de las primeras frutas. Es bueno recordarte, extraña amiga, es bueno y amargo. El muro agrietado recoge las semillas errantes; y fué así que mi pensamiento detuvo y abrigó el fugitivo recuerdo.

Estamos solos, es cierto; cada cosa nuestra es tan falsa como la sombra de esa rama desnuda en el estanque; sin embargo, es preciso estar alegres mientras haya este sol benigno, y los crepúsculos doren tu sonrisa, allá lejos. Todo lo demás es inútil; la misma tristeza se hace dulce, al fin, y el deseo se transforma en canto, y la vida no es sino una lenta agonía.

He olvidado tu nombre, extraña amiga, tu nombre, pero no el aire ausente de tu mirada. Más que nunca me duele pensar, ahora, que no fuiste como todas, ahora que hay brotes nuevos en los árboles del jardín, y mis pensamientos son claros, y mis ansias te acercan despiadadamente en el sueño y la soledad. La vida es siempre igual y no tiene sentido; pero hay que estar alegres, mi amiga, alegres de que las cosas sean como son, mientras haya un sol benigno que embellezca esta avara heredad de los hombres.

NADA HAY, EN VERDAD, QUE SEA NUESTRO.

Se arrastran y pasan los días con su carga de insatisfechas ansias, de gritos perdidos, de fuerzas revueltas y estériles que nada pueden contra la sordidez del destino.

Y otra vez, esta mañana pródiga de resurrecciones, frente al mismo camino, anheloso de un desconocido horizonte, y con el alma tan liviana como un canto de pájaro, dejo irse, al azar, mi viejo corazón vagabundo.

Todos somos aventureros y pensamos explorar un dominio virgen y rico; parapetado en un silencio que nadie comprende, cada cual apronta su voluntad y su riente audacia para el viaje imposible. Imposible es el viaje proyectado, mis amigos; nunca podremos escapar de nosotros mismos y penetrar en la zona propia de otro ser. En vano apretujaremos esas manos que se abandonan y tiemblan. Dentro de su órbita de angustia el corazón gira como un astro.

Nada hay, en verdad, que nos pertenezca enteramente sino una torva belleza de ruinas pobladas de sueños tenaces y rosales de ausencia. Estamos solos, mis amigos, emparedados en nuestro pensamiento poderoso y humilde a la par sintiendo que las estaciones pasan, y todo vuelve a comenzar y todo vuelve a concluir. De nuestro espíritu surgen fuerzas de superación y de triunfo que luego desaparecen abrumadas por la pesadumbre de los designios.

¿Dónde dirigirse en busca de la verdad más cierta y del impulso más puro? Todo es absurdo y efímero, mis amigos; loco es el que pretende trazar figuras de espanto en el telón de la lejanía; loco es el que quiso fijar los perfiles de los árboles en la impetuosa superficie del río; y, más que ellos, locos nosotros, amigos míos, que ansiamos traspasar los límites de nuestra soledad sembrando palabras que buscarán, en vano, el eco imposible de otras almas.